

TURNO DE NOCHE por DDJ

La noche era ciertamente desapacible. El frío calaba hasta los huesos y el viento dificultaba caminar con normalidad. Aun así, Susana no tenía otro remedio que intentar llegar a su trabajo. Su coche la había dejado tirada aquella misma mañana y, a aquella hora, ya no había transporte público. Le resultaba odioso el turno de doce a ocho de la mañana pero no le quedaba otro remedio que aceptar los trabajos que buenamente conseguía. Aunque realmente el sueldo no era para tirar cohetes, al menos podía pagar el alquiler y seguir viviendo sola sin recurrir a la ayuda de sus padres. Además, el trabajo de teleoperadora de horario nocturno era bastante tranquilo. Poca gente llamaba a horas tan intempestivas para solicitar información o ayuda del servicio telefónico. Por lo que todo era bastante sosegado e incluso aburrido.

Tenía que andar casi seiscientos metros para llegar al edificio y apenas había recorrido cincuenta cuando ya estaba helada. ¡Qué triste y desagradable era el invierno!, pensó. Y no pudo evitar recordar el último verano y sus escapaditas a la playa para tumbarse al sol y disfrutar con la maravillosa brisa veraniega. Brisa que había dado paso a un auténtico vendaval. Las nubes cubrían el cielo ocultando las estrellas y presagiando la inminente lluvia. Se sobresaltó cuando escuchó los pasos precipitados a su espalda. Alguien llegaba corriendo. Se acercaba. ¿La estaba siguiendo? ¿Acaso alguien la estaba acechando en aquella oscura noche en la que la ciudad parecía desierta? Aceleró el paso pero no consiguió dejar de oír los pasos cada vez más cerca. Incluso escuchó una respiración agitada. Se paró en seco y se giró.

-¡Cris!- casi gritó-. Me has dado un susto de muerte...

-Lo siento. Discúlpame. Te vi de lejos y...

-No pasa nada. ¿Tú también vas andando esta noche?

-Pues sí- respondió Cris- mi novio me ha dejado tirada, no podía llevarme hoy. No sabes el palo que me ha dado tener que ir andando.

-Te aseguro que te entiendo, será mejor que nos movamos o nos quedaremos congeladas aquí mismo.

-Y encima llegaremos tarde. Habría cogido un taxi pero con lo que ganamos como que no.

Siguieron caminando a buen paso dispuestas a llegar lo antes posible. Empezó a llover con fuerza. Llegaron al gran edificio en el mismo momento en que un relámpago iluminaba el cielo. El potente trueno casi hizo saltar a Susana. Eran exactamente las doce de la noche cuando le vio. Al otro lado de la calle. Una siniestra figura vestida con ropa oscura y con una larga y horrible melena negra que le tapaba el rostro. Juraría que la estaba mirando a través de la cortina de agua que descargaba el cielo.

-Cris- casi susurró.

Su compañera la miró y siguió su mirada a lo largo de la desierta calle.

-¿Qué pasa, Susana? ¿Qué miras?

-A... allí... ¿Le ves? Ese hombre...

-¿Quién...?

Ya no había nadie. Ningún extraño observándolas. Sólo un pequeño gato negro huyendo de la tormenta bajo un coche.

-Me ha parecido ver a alguien. ¡Bah! No me hagas caso.

Se disponían a entrar en el edificio cuando escucharon una risa. Una carcajada siniestra que parecía proceder del mismísimo infierno. Cris apenas pudo reaccionar cuando unas

fuertes manos la agarraron arrastrándola. Un dolor muy intenso se apoderó de su estómago haciéndole casi vomitar. Tiró de ella bestialmente mientras seguía apuñalándola una y otra vez ante la mirada horrorizada de Susana paralizada por el miedo. Desaparecieron entre el vendaval y la lluvia. La noche se tragó al extraño pero llevándose a su amiga con él. Un reguero de sangre brillaba en la mojada acera. No iba a tardar mucho en desaparecer. Susana se había quedado allí. Hundida hasta los huesos. Petrificada. Aterrada. Incapaz de hacer nada. Con su mirada perdida en un punto inconcreto. Se había orinado encima. Una voz lejana en su interior le pedía a gritos que reaccionara. Que se pusiera a salvo lejos de la tormenta, el viento y el extraño. Un nuevo trueno pareció sacarla del terrible shock y sus ojos enfocaron de nuevo. Entonces le vio. Avanzaba hacia ella. Un espectro en medio de la tempestad. Una sombra cerniéndose poco a poco sobre ella. Estaba cerca. Se acercaba. Iba a cogerla y la destrozaría como hizo con Cris. Algo se movió alrededor de las piernas de la muchacha. El pequeño felino negro la había rozado al pasar a su lado. Aquello definitivamente hizo saltar a Susana que se lanzó a entrar en el gran portal del edificio. La puerta siempre estaba abierta y ellas tenían que cerrarla al llegar al turno de noche. Lo hizo dando un portazo y se derrumbó. Las lágrimas anegaron su bello rostro mientras su cuerpo temblaba y su corazón palpitaba con fuerza. Se apoyó en la pared tratando de coger aliento, él la estaba observando a través de la puerta de cristal cerrada. A pesar de que el largo cabello le tapaba prácticamente la cara, Susana sabía que la estaba mirando. Y sonreía. Podía escuchar su macabra risa. ¿Podría entrar? ¿Sería capaz de romper la sólida puerta de cristal? Le dio la espalda y corrió hacia el ascensor. Sus otras compañeras debían de estar ya trabajando arriba. No tardó en llegar al quinto piso. El pasillo estaba a oscuras. Todo en silencio.

-Olga, Magda...- las llamó en la oscuridad.

Entró en la sala del turno de noche y allí estaban ellas. Olga yacía en el suelo en medio de un gran charco de sangre. Aunque no pudo reconocer el rostro desfigurado, Susana comprendió que el otro cadáver era el de Magda. Un teléfono comunicaba cerca de ellas. Tenía que pedir ayuda. Inspiró aire. Al menos estaba segura allí dentro. Él se había quedado fuera.

No podría entrar en el edificio.

Las puertas del ascensor se cerraron de pronto y éste comenzó a bajar. Llegó a la planta baja y segundos después empezó a subir de nuevo. ¿Quién lo había llamado? Estaba claro que había alguien más en el edificio. No estaba sola. Miró los números luminosos que iluminaban débilmente el pasillo.

Primer piso... segundo piso...

Se lanzó sobre el teléfono y marcó el número de emergencias. Una cálida voz al otro lado contestó.

-Emergencias, ¿en qué puedo ayudarle?

-Socorro, por favor, ayúdeme...

-Trate de tranquilizarse, señorita, estoy aquí para ayudarle.

-Han... han asesinado a mis amigas...creo que viene a por mí...

-¿Dónde se encuentra usted...?

El ruido de las puertas del ascensor al abrirse llenaron el opresivo silencio de la quinta planta. Susana soltó el teléfono y se ocultó bajo una mesa. La sala estaba bastante oscura y ella podría ver al intruso antes de que él la viera a ella. Una sombra se cernió sobre el pasillo. La silueta de alguien vestido de oscuro y de larga melena negra llenó totalmente la retina de la aterrada muchacha. Era él. Había conseguido entrar. Y ella estaba sola. Nadie iba a ayudarla. Ninguna otra empresa del edificio estaba abierta por

la noche. Todas debían de estar cerradas a cal y canto. Muchas veces, habían bromeado sobre la posibilidad de que pudiera ocurrirles algo durante sus turnos de trabajo. Cuatro mujeres solas expuestas a cualquier peligro. Las anteriores compañeras se iban a las once y ellas llegaban a las doce. La puerta permanecía abierta hasta que la última en llegar la cerraba. Cualquiera podía acceder al edificio. El portero se iba sobre las diez. Nadie decidió contratar vigilancia. Al fin y al cabo, nunca había pasado nada. Hasta ahora.

Siguió agazapada. Tenía que escapar. Llegar a la calle. Correría como alma que lleva el diablo hasta encontrar ayuda. Necesitaba salir del edificio, llegar al ascensor o a las escaleras. Huir. Empezó a moverse lentamente bajo las mesas. Ya no podía ver al intruso. No sabía si estaba en la sala o seguía en el pasillo pero debía arriesgarse. Despacio. Sin hacer ruido. La penumbra estaba de su parte, era su mejor aliada. Cuando, de pronto, alguien encendió la luz. Las potentes fluorescentes llenaron la gran sala bulliciosa durante el día, ahora desierta. Se puso en pie a tiempo de ver cómo el desconocido se lanzaba sobre ella con la agilidad de una pantera atacando a su presa. Susana le esquivó y se lanzó hacia la puerta resbalándose en el charco de sangre que cubría una parte del suelo. Cayó sobre el cuerpo torturado y mutilado de Olga empapándose del vital fluido rojo que aún estaba caliente. La agarró por un pie con tanta fuerza que le hizo gritar. Ella pateó desesperadamente propinándole una patada en la cara que le hizo caer hacia atrás. Susana se giró enfrentándose al extraño. Éste había soltado la larga navaja que se encontraba a escasos centímetros. La chica agarró el afilado arma en el mismo momento en que el intruso la golpeaba en la boca destrozándole el labio. Ella reaccionó clavándole la navaja en pleno pecho, a la altura del corazón. Cayó hacia atrás con el fantasmal cabello cubriéndole el rostro. Se quedó quieto. Susana se levantó torpemente mientras su lengua se llenaba del sabor de su propia sangre. Avanzó con paso tembloroso hacia el pasillo y el ascensor. Pulsó el botón de llamada, las puertas comenzaron a abrirse. Trató de mantener la calma mientras bajaba, a pesar de que le temblaban las manos al tratar de contener la hemorragia de su labio con un pañuelo de papel. Llegó a la planta baja y se dirigió rápido pero con cautela hacia la salida. Abrió el portal y casi saltó a la calle. La lluvia y el viento la azotaron con fuerza. Sonrió. Miró al cielo mientras las gotas corrían por su rostro haciéndole sentir viva de nuevo. De pronto unas manos fuertes la apresaron arrastrándola de nuevo hacia el interior.

Susana abrió los ojos y, a pesar de que todo estaba a oscuras, supo de inmediato que se encontraba en su habitación y en su cama. ¿Qué había sucedido? ¿Cómo había llegado allí? Respiró profundamente y comprendió que todo había sido una maldita pesadilla. Horriblemente real, pero sólo un mal sueño. Se estiró poniendo su mente en orden. ¿Qué hora era? Recordaba haberse echado la siesta para ir después a su trabajo de teleoperadora en el turno de noche. El viento y la lluvia golpeaban las persianas así que fuera debía de hacer un día infernal. Se levantó y encendió la luz. ¿Dónde demonios estaba su reloj? Salió de la habitación y fue hacia el aseo cuando percibió un olor espantoso. ¿De dónde venía? Se miró en el espejo y se sorprendió al ver su labio superior amoratado. El olor dentro del baño era mucho más fuerte y parecía surgir de allí mismo. Sintió un pinchazo de dolor en su vientre y se palpó instintivamente con la mano. Estaba sangrando. Y aquel hedor terrible. Corrió las largas cortinas de plástico de la bañera y un grito surgió de lo más profundo de su garganta. Olga, Magda y Cris estaban allí. O al menos lo que quedaba de ellas. Percibió una respiración a su espalda y le vio reflejado en el espejo. Una horrible silueta de ropas oscuras y larga melena negra.

La puerta del cuarto de baño se cerró tras él. Susana comprendió de pronto que la pesadilla no había acabado, sino que acababa de comenzar...

Lo había disfrutado. Había sido sublime. No dejaba de pensar en ellas y en sus calientes cuerpos mientras se duchaba. Y Susana. ¡Oh, Susana! Había gozado tanto de todo su ser mientras estaba drogada. La había poseído tantas veces. Había jugado con ella durante horas y en su propia casa. Pero ahora la diversión ya había acabado. Sus juguetes ya estaban rotos. Tendría que conseguir unos nuevos. Seguía lloviendo en el exterior mientras se vestía elegantemente de traje y corbata. Se consideraba un hombre atractivo, un triunfador. Un cazador. Guardó las viejas ropas oscuras, la peluca negra, los guantes y el largo cuchillo en la caja fuerte. Tenía que irse ya. Tenía mucho trabajo esa mañana. Una larga serie de entrevistas para seleccionar a nuevo personal. Al fin y al cabo, cuatro de las teleoperadoras de la empresa habían decidido irse ayer y había que sustituirlas. Tenía que elegir con cuidado ya que ser el responsable de recursos humanos de la empresa era una tarea ardua y complicada. Y había que cubrir cuanto antes el turno de noche. Eso era lo más importante.